

VOL.2 N°3 ENERO-JUNIO 2026

BLOCH

REVISTA ESTUDIANTIL DE HISTORIA



La noche del bautizo bucólico

RICARDO SÁNCHEZ ÁVILA

BLOCH

<https://revistabloch.uanl.mx>

La noche del bautizo bucólico

Ricardo Sánchez Ávila

orcid.org/0009-0002-5682-8926

Université de Bordeaux

Edición y corrección de estilo:

Juan David Céspedes Moreno

Maquetador:

Juan David Céspedes Moreno

Diseño de portada:

Ana Teresa Jasso Saucedo

Copyright:



© 2026, Sánchez Ávila Ricardo. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.

Recepción: 25 de julio de 2025 **Aceptación:** 16 de febrero de 2026

Email:

al2221800266@azc.uam.mx

La noche del bautizo bucólico

The night of the bucolic baptism

Ricardo Sánchez Ávila

UNIVERSITÉ DE BORDEAUX

RESUMEN:

Se trata de un cuento histórico-sociológico que intenta rescatar el realismo mágico. En esta historia ambientada en los años 70s, se relata la llegada de un médico como parte de su servicio social, a un pueblo en Michoacán llamado "Colinda". A su llegada, el médico es recibido por una anciana que, poco a poco, le mostrará la dinámica pueblerina y lo llevará a conocer a la máxima autoridad del rancho: el padre. Entre tanto, el interés recae en los imaginarios pueblerinos, la moral tradicional, los conceptos de la valentía, la religión y la brutalidad. Finalmente, en la última parte del cuento, acontece una situación inesperada una vez que el protagonista va a dormir: una escena litúrgica en plena madrugada repleta de simbolismos que aluden no sólo a las figuras religiosas cristianas sino a la síntesis de las culturas precolombinas (los purépechas) que resultó de la conquista.

PALABRAS CLAVE:

realismo mágico; religión; pueblo; imaginario; moral.

ABSTRACT:

This is a historical-sociological short story that seeks to rescue magical realism. Set in the 1970s, it tells the story of a doctor who arrives in a town in Michoacán called "Colinda" as part of his social service. Upon his arrival, he is welcomed by an elderly woman who gradually introduces him to the town's dynamics and leads him to meet the highest authority of the ranch: the priest. Meanwhile, the story focuses on the town's imaginaries, traditional morality, and the concepts of courage, religion, and brutality. Finally, in the last part of the story, an unexpected situation occurs once the protagonist goes to sleep: a liturgical scene in the middle of the night, full of symbolism that alludes not only to Christian religious figures but also to the synthesis of pre-Columbian cultures (the Purépecha) that resulted from the conquest.

KEYWORDS:

magical realism; religion; town; imaginary; morality.

La noche del bautizo bucólico

La historiografía local, como la biografía, parece estar más cerca de la literatura que los otros géneros históricos, quizá porque la vida concreta exige un tratamiento literario, quizá porque la clientela del historiador local es alérgica a la aridez acostumbrada por los historiadores contemporáneos. El redactor de una historia local debería ser un hombre de letras.

Luis González y González, *Pueblo en vilo*, 11

Ana pequeña y espesa bruma cubría gran parte de la carretera que conectaba al pueblo Buenaventura con un pequeño rancho que llevaba el apelativo de “Colinda”. Un médico, proveniente de la ciudad, hacía su llegada a aquel pequeño rancho en un *Volkswagen* tipo 1 del 70. Con los neumáticos recién remplazados, integrado con un estéreo *Sapphire* /X de procedencia gabacha, un maletín de cuero color caqui adornaba el asiento del copiloto. Al traspasar la neblina, un letreo aporreado se oteaba a escasos metros anunciando su arribo a aquel lugar, que en primera instancia parecía inhóspito <<Colinda le da la bienvenida>>. A un costado de aquel letrero, un *Cadillac DeVille* blanco del 73 era resguardado por un par de rancheros que enfundaban una Astra 300, los sombreros de fieltro en las cabezas y los Marlboro entre los dedos. El médico hizo contacto con aquellos hombres que lo miraron con desconfianza, sin intercambiar reverencias.

Al llegar al poblado, detuvo su escarabajo de golpe, puso la palanca de velocidades en primera y aplicó el freno de mano a fondo sintiendo un dolor de cabeza que vaticinaba una turbación de su parte. Estaba enfrente de la clínica regional creada en la época de la Unidad Sanitaria Ejidal, con aspecto sombrío, maltrecha y vetusta. Abrió cuidadosamente la puerta del auto, puso un pie en aquel piso empedrado que le quemó las suelas de sus zapatos de nylon y tomó su portafolio.

Al girar la cabeza, una pequeña anciana cubierta con un rebozo en la totalidad de su cabeza, lo increpó —Señor Jorge, la clínica está requetelimpia, pase usted mismo y mire con sus propios ojos... Por cierto, me llamo Juana, pero dígame, Doña Juana.

Jorge miró aquellos ojos negros, que reverberaban sigilo y desasosiego.

—Buenas tardes, Doña Juana. Vengo de la ciudad y estoy encargado de la clínica núm...

—Sí, sí, ya sabemos, todo se sabe aquí niño—increpó Doña Juana—pasa, te mostraré la clínica y después te llevaré con el padre del pueblo y luego para que comas algo, ¿ya comiste?, No se ve, ¡ah, pues aquí se come bien! No te angusties. Estás muy blanco niño, ¿no te gusta salir a tomar el sol? Pues aquí te vas a asar.

Doña Juana no paraba de hablar e intercalaba el tuteo por el ustedeo, y Jorge, el médico, trémulo, la siguió sin reparos. Entraron sin mayor intermisión a la clínica. Doña Juana le mostró las tres piezas separadas que la componían. Al entrar, una puerta color blanco conducía a la estancia principal, compuesta por dos sillas maltrechas y un pequeño escritorio. No había más, no había instrumentos, ni camillas, tampoco algún botiquín con lo necesario. Sólo un cristo adornaba aquella sala, en lo alto, con su mirada de suplicio y tristeza. Jorge lo miró con fascinación e interés.

La segunda pieza era el baño. Se debía salir del consultorio principal para llegar a él. Era un pequeño escusado que apenas funcionaba. No había lavamanos y en su lugar una gran jofaina remplazaba la necesidad de higiene personal.

Por último, estaba el cuarto. Conformado por una colchoneta, dos cobijas con olor a humedad y, nuevamente, una imagen de la virgen santísima de Guadalupe. Estaba, en palabras de Doña Juana, todo lo que necesitaba. De súbito, Jorge advirtió a la vieja

—¿No hay cocina?

—No niño, aquí no hay cocina. Pero de qué te preocupas, ¿apoco sabes cocinar? de eso no te angusties, tu comerás siempre con nosotros. La comida no te faltará. Ahora ven, ya que viste esto, el pozo de agua está a tres leguas de aquí. No olvides ir por suficiente agua en el día porque en la noche ni un alma sale. A menos que quieras que el chamuco te trague. Pero el pueblo se duerme cuando el sol se va a acostar. Y el pueblo se levanta antes del crepúsculo a los ojos de Cristo Nuestro Señor.

Doña Juana seguía su monólogo, pero Jorge estaba totalmente crispado. Nada le parecía natural ni común. Toda su vida vivió en una casa decente de la Ciudad de México, en la colonia Santa María la Rivera. La lógica citadina no tenía correspondencia con este nuevo mundo. Pero este servicio social era indispensable. Su título dependía de brindar ayuda médica a comunidades lejanas, mestizas y ocultas.

Los indomables rayos del sol eclipsaban por completo los tiempos invernales y el viento impetuoso era acompañado por una melodía estentórea. En aquel pueblo, el tiempo pasaba lento, y la atmósfera acústica se acompañaba de tiempo en tiempo por el sonido de las campanas de la iglesia que anunciaban la hora de la eucaristía, el de las camionetas que llevaban a los peones a algunas milpas que contorneaban el pueblo para escardar las cosechas, el rumor de los animales que conducía el arriero o el golpeteo de las mujeres que iban a la iglesia en forma de procesión. En todos casos, la sonoridad emitida era muy predecible.

Con paso timorato, el joven galeno acompañaba a Doña Juana. Caminaron por la vereda del pueblo, ante la mirada de algunos pobladores que se encontraban posados en sus sillas afuera de sus casas, haciendo de guardias. Sin embargo, no vigilaban su casa, sino el rancho. Posarse afuera de sus moradas permitía preludiar la llegada de quien fuera al pueblo. Otras veces, ayudaba a que se identificaran intrusos, como en este caso.

Doña Juana saludaba a quien se le cruzaba, pero Jorge bajaba la mirada ante la conminación que ejercían los pobladores hacia su persona. ¿Qué quieren decirme con esa voracidad visual? ¿Qué hacen esas personas sentadas al borde de la vereda? ¿No tienen nada qué hacer? Aquellos pensamientos afectaban al médico y le infundían inseguridad en su porte.

La figura encomiable y científica era, de repente, anulada por una figura más grande: la del pueblo vetusto, de carácter policéfalo y omnímodo. Jorge no valía nada ahí, al menos no hasta ese momento. Era un intruso, un extranjero, un foráneo que podía provocar peligro, pugilatos o recelo. Y el pueblo debía defenderse ante cualquier amenaza a sus ideas, símbolos o creencias.

Torcieron su paso a la izquierda y avistaron una iglesia pequeña de estilo plateresco y afinidades barrocas que se había construido en el siglo XIX gracias a la caja comunal que aportó la cofradía de San Benito, perteneciente a la ciudad más cercana a ese pueblo, muy cerca de Jiquilpan.

Doña Juana saludó a una mujer que se encontraba en la esquina de la calle principal. Se cuchichearon mientras Jorge miraba a una muchacha que permanecía afuera de la iglesia con una enagua color negro, un rebozo azulado y una blusa de popelina. Alcanzó a ver sus ojos verdes y su semblante blanquizado, algo inusual en aquella región mestiza. Sus finos rasgos eran señal de un criollismo casi puro, lo que fue confirmado por Doña Juana.

—¡Ah sí!, le andas echando el ojo a Lucía. Es la muchacha más bonita del pueblo. Su papá es el jefe de tenencia, Don Jacinto, de origen español dicen. Siempre anda con el presidente municipal, y como anda en la política, muchos no lo quieren. Lo intentaron matar hace unos años, pero el que estiró la mano para matarlo, se le encasquilló el arma y pues, se lo agarraron. Lo colgaron de un guamúchil, y después de eso, nunca más volvió a dar roscas... Pero no te asustes. Aquí todo es más seguro que en la ciudad. Allá roban ¿no? Aquí nadie roba niño.

—No, no, sólo estaba observando la iglesia—prorrumpió Jorge.

La joven mujer que posaba delante de la iglesia entró de prisa al templo. Doña Juana llevó a Jorge hasta la puerta de madera con bisagras de hierro que le daban una imagen opulenta a aquella iglesilla. El acabado parecía de cantera rosa, pero era principalmente de adobe y en la parte superior de la puerta lucía un escudo franciscano.

—La construyeron con los purépechas—interrumpió Doña Juana a Jorge en su contemplación—sí, hace mucho tiempo en la época que llegaron los españoles, con las encomiendas hicieron esta iglesia. El Padre sabe más, puedes preguntarle.

Y aunque en el fondo Jorge tuviera cierta curiosidad por aquella belleza arquitectónica modesta, era manifiesto que esa iglesia no la construyeron los purépechas ni por órdenes de los encomenderos. Si acaso había sido construida en la época del porfiriato en el periodo de la hacienda mexicana, pero el pueblo mantenía grandes relatos que pocas veces podían confirmarse. No obstante, esos relatos permitían una unión más directa entre los símbolos y la historia. Todo, en vista de crear el gran relato pueblerino.

Ya en la iglesia, tras bambalinas pasaron a la sacristía. Ahí, un hombre de tez blanca, calvo y tuerto que portaba una sotana y el cíngulo que rodeaba aún su cintura, guardaba con sigilo algunos objetos en una gaveta. El arribo de Doña Juana y Jorge no turbó en nada al padre Menéndez.

—Padre, aquí está el doctor, se llama Jorge. Vi a Lucía hace un momentito, ¿dónde está? Tenemos que preparar todo para el novenario de Don Palomo. Los Barajas vendrán esta noche para alistar la plaza. Pero mire, de momento aquí el niño.

Jorge estaba crispado. Su gesto fue de extrañeza e incomodidad. Ese encuentro, era el de dos mundos. El espiritual y el racional. El padre Menéndez representaba la salvación, la comunión y la conjunción del pueblo, mientras que Jorge era sólo un extraño, fruto del egoísmo. Un enviado del gobierno, quizás un supervisor, un parlanchín o un liante. A pesar de todo eso, el padre le estiró la mano. Le pidió a Doña Juana que los dejara a solas un momento y cerró la sacristía. En ese pequeño espacio, tres ornamentos principales destacaban; en la esquina superior derecha, la imagen de la virgen de Guadalupe; en la parte central, la imagen de Vasco de Quiroga; y en la parte central del muro izquierdo, Jesucristo.

Jorge examinaba cuidadosamente la imagen de Quiroga. Menéndez, añadió

—Señor Jorge, quizás no lo sepa, pero el antiguo doctor que estaba aquí en el pueblo se fue porque no se hallaba. No entendió las reglas del decoro, ni la vida de este rancho humilde. En ese sentido, usted viene siendo el segundo. Queremos, y lo digo en nombre de los habitantes, que se sienta en casa, pero que respete nuestras costumbres. Sé que viene de la ciudad, y allá las cosas son distintas, pero aquí no es como allá. El orden lo previene siempre el vicario, en representación de nuestro Obispo de Zamora. Ande con cuidado porque hay gente que no vacila. Tiene mi respeto y mi apoyo, pero para eso, debe siempre hacer lo que Dios manda. Hay que encomendarse con nuestra Sagrada Virgen y las Ánimas Benditas.

El padre Menéndez hizo la señal de la cruz y besó con cortesía el rosario que portaba. Luego, mientras retiraba su cíngulo. Jorge añadió

—No se preocupe por eso Padre Menéndez. Es un gusto tener su apoyo. Tengo una misión aquí que debo cumplir, es un aporte a la sociedad.

Y de improviso el padre interrumpió añadiendo

—Una misión que Dios Nuestro Señor le envió.

—Sí, sí. Quiero decir que estoy en la disposición completa para ayudar al pueblo.

El padre abrió la puerta y con un gesto cortés, acompañó a Jorge al patio de la parroquia. Se encontraron con Doña Juana e inesperadamente, Lucía llegó con una charola llena de copal. Se la entregó al Padre Menéndez quién agradeció a la muchacha con un gesto escueto.

—Está todo listo para la liturgia. El copal se pondrá en el centro... —el Padre silenció a la joven. Se desgañitó y cambió rotundamente el tema de conversación, lo que llamó la atención de Jorge quien lanzó una mirada dubitativa a Lucía.

—Tranquila niña, mejor prepara todo con el monaguillo Miguel para el novenario de los Barajas. Por cierto, ¿ya conoces al médico? Su nombre es Jorge. Estará con nosotros para guardarnos salud. Dios nos lo mandó.

Lucía, tímida, miró a Jorge. Hizo un gesto de reverencia y bajó esos ojos verdes que causaban fulgor con el atardecer resplandeciente. Entró deprisa a la sacristía con el copal. Doña Juana y el Padre guiaron a Jorge hasta el enrejado que delimitaba la Iglesia con el terreno fangoso de la vereda. Ahí se despidieron de Jorge, y Doña Juana le adelantó que, al día siguiente en punto de las nueve, pasada ya la misa matutina, pasaría por él para darle de desayunar. Jorge agradeció y partió de nuevo a la clínica pensando en la comida prometida que había olvidado Doña Juana.

El camino era fácil, lo recordaba ya, aunque sólo lo había hecho una vez, pero ahora prestó más atención a su alrededor e intentó explorar otra ruta. Pasó por la plaza principal y atisbó a un grupo de rancheros que bebían, quizás aguardiente o mezcal, sobre las bancas comunes que rodeaban un kiosco. Lo miraron con desconfianza. De inmediato, con cierta destreza, pasaron un grupo de jinetes rumbo a la carretera que llevaba a Pátzcuaro. Jorge, huido por el golpeteo de los caballos, sintió que los labios se le secaban. Aceleró el paso y se dirigió a una pequeña tienda de abarrotes que se encontraba en el último cuadro de la plaza. Era la única tienda del pueblo, propiedad de los Toscano, una familia de ingresos modestos que se hizo de aquella tienda de abarrotes gracias a que Don Gilberto, hijo del viejo Salomón, formaba parte de la Policía Federal de Caminos.

Jorge pudo reconocer la *Dodge Charger* con los emblemas de la patrulla de caminos que estaba aparcada enfrente de la tienda del viejo Salomón.

—¿Quién es usted, muchacho? —Preguntó Salomón que tenía dificultades para andar.

-Soy el nuevo doctor, me enviaron de la ciudad—replicó Jorge.

—¡Ah!, ¿Qué va a querer? —el viejo Salomón cambió de manera rotunda el tono de su voz.

—Unos Marlboro por favor.

—Dos pesos.

Jorge estiró las monedas y las depositó en el mostrador que lo separaba de aquel viejo lóbrego quien las recibió de golpe.

—*Ojala* y no vaya a salir como el doctor que estuvo aquí antes... Aquí, escuche bien, la gente puede ser muy buena, pero también muy mala, doctor. Mancillar es un acto de cobardía. No vaya a romper el honor de ningún muchacho, que ellos no tienen ninguna preocupación por perder la vida. Esta es tierra de hombres, y debe comportarse como uno. Por cierto, tampoco se le ocurra salir de noche, porque la noche es territorio del diablo. Pregunte sino...

Jorge asintió para salir de prisa de la tienda. Siguió su camino, tomó un pequeño fósforo y encendió el cigarrillo. Se cubría en ocasiones de los rayos que el sol proyectaba en su rostro. Sintió fatiga y pensó en reposarse en aquel colchón incómodo que le aguardaba en la clínica. Aunque apresuraba el paso, de vez en cuando hacía algunas pausas. Le gustaba percatarse de la dinámica pueblerina. De tanto en tanto, escuchaba la música regional que salía de alguna casa pequeña de adobe, el olor del comal o de los tomates tatemados. A pesar de que había comido algo en la carretera, sentía un hambre descomunal que se le esfumó al advertir una escena grotesca detrás de un enrejado: dos hombres faenaban a un chivito que balaba mientras recolectaban la sangre del animal con una cubeta. Jorge tuvo ganas de regurgitar, el sufrimiento del animal le produjo cierta tristeza y sintió un escalofrío profundo. Para él, la brutalidad y la violencia no eran cosa cotidiana. En este pueblo, lo grotesco era el pan de cada día, simple y sencillamente porque para ellos, esa atrocidad no existía. El pueblo no entendía de dualismos, su imagen era pura y perfecta. Para Jorge, un hombre de la ciudad, las dicotomías eran, por antonomasia, normales.

Llegó a la clínica y recordó que Doña Juana no le había dado las llaves. Pero al empujar el zaguán negro, encontró las llaves pegadas en la cerradura. Se tumbó en la colchoneta rígida que estaba cubierta por una cobija de lana. Abrió su portafolio y extrajo un libro <<La región más transparente>>. Continuó su lectura, pero el letargo lo aprehendió. Cerró los ojos y se perdió en un sueño profundo...

¡Ton! ¡Ton!... ¡Ton! ¡Ton!

El sonido estrepitoso de las campanas despertó a Jorge. Intentó quitarse la modorra ejerciendo presión constante y duradera en sus párpados. Miró su reloj *Enicar*, eran casi las dos de la mañana. En estado de perplejidad, prendió una vela que se encontraba debajo del Cristo que probablemente había colocado ahí la vieja Doña Juana. Abrió el pequeño zaguán y advirtió la presencia de varias personas que se juntaban en el centro de la vereda. Aún absorbido por su modorra, las imágenes que captaban sus ojos parecían, a su parecer, sacados de otra realidad. Había apenas llegado a aquel pueblo, no había tenido siquiera tiempo de meditar sus primeras conclusiones en aquel lugar semiárido, con claroscuros, destellos de sevicia y descarrío. Para él, esa sociedad tenía poco sentido, y su presencia ahí, al contrario de lo que le había pronunciado el Padre Menéndez, era mera coincidencia por un claro efecto, el que produce la

responsabilidad naciente de un Estado mexicano.

Su mirada apuntaba a esas personas, a la sombra que resultaba de las farolas de petróleo que emitían una lucecilla tenue amarillenta a escasos metros de esa parte de la vereda. ¿Bailaban en un tal son? No sabía. Jorge sentía que no estaba en sus cabales. Postrado ahí, era testigo de algo inconcebible, algo que jamás había presenciado. El olor, sí, el olor a incienso, no, no, quiero decir, a copal. Pensaba, observando ahora de manera más perspicua las imágenes que antes se mostraban deformadas en aquellos ojos obtusos que ocasiona la somnolencia. Pronto reconoció esos ojos verdes que le recordaban el verde berilo de la sortija que su madre le dejó antes de partir. También reconoció esa nariz aguileña, el rubor de los pómulos pero que se cubrían en su totalidad por una especie de mantilla española. Sí, era Lucía que caminaba con sopor en medio de la procesión. Jorge tuvo miedo, no entendía esa solemnidad espontánea.

-itsi atajtsikua, itsi atajtsikua, itsi atajtsikua.

Estos fonemas resonaban en los oídos del joven galeno, mientras intentabaocular su rostro que resaltaba del zaguán negro. El corazón palpitaba, las imágenes explotaban en su cabeza como dinamita pura. Aquella legión incomprensible se apachurraba, en concreta sintonía con la melodía que provenía de la parte delantera de la procesión. Era una peregrinación insólita. Lucía se encontraba en medio de aquel bullicio. Jorge no dejaba de mirarla, con temor, con escepticismo, con incredulidad.

Algunos pueblerinos empezaron a formar una línea recta perfecta, las mujeres, todas estaban en la parte delantera de la peregrinación, sólo delante de ellas se encontraba un grupo de personas que Jorge no alcanzaba a distinguir pero que emitían una música estridente, violenta, sin armonía. A la zaga, todos los hombres formaban más un círculo que la sagita que las féminas creaban. Todos con sombrero, y uno portaba un gran rifle que parecía más una carabina.

¡PUM!... ¡PUM!...

Soltaron dos balazos al aire, Jorge dio un salto atemorizado. Comenzaron a avanzar lentamente, recorriendo la calle principal que llevaba a la plazuela y, finalmente a la iglesia. Las campanas volvieron a retumbar en los oídos de Jorge que, al notar que se alejaba la comitiva, salió de prisa de la clínica, siguió la peregrinación, intentando ocultarse entre la obscuridad que entrecortaba la luna menguante hasta llegar a la plaza central. Ahí fue testigo de una escena accidentada:

El kiosco, que figuraba en el centro de la plaza, estaba adornado con huizaches, alumbrado a su alrededor por cirios. Arriba del kiosco, una figura que tenía un aspecto de ser humano fungía como efigie ornamental: un cuerpo humano con una cabeza de coyote. El Padre Menéndez estaba en el centro y en sus manos sostenía una serpiente coralillo. La pasó a las manos del sacristán, que tomó una guadaña y degolló, sin reparo, a la serpiente... <<Este es el cuerpo de la tentación, la diabólica imagen de luzbel que debe ser destruida. La luz del arcángel Miguel nos guiará. Protejan a las criaturas, bauticen a los nacidos. ¡Busquen a quienes hayan faltado a esta regla!>>.

Todos permanecían aprehendidos al ritual. Las campanas aumentaron su ritmo. Los corazones se

agitaban. El pueblo buscaba algo, Jorge lo sabía. Tuvo miedo, estaba atónito, miraba desde lo lejos aquella ceremonia. ¿Era él a quien buscaban? ¿A qué regla había faltado si sólo había llegado apenas la víspera? Los hombres, todos esos rancheros con sombreros de fieltro y botas alargadas caminaron en conjunto en dirección a Jorge. De súbito, unas gotas de agua comenzaron a caer lentamente, lo que aumentaba la atmósfera siniestra pues los tiempos invernales carecían de lluvias en aquella zona fronteriza a Jalisco. El olor del copal se intensificó, los perros maullaban, la gente comenzó a repetir aquellos fonemas <<itsi atajtsikua, itsi atajtsikua, itsi atajtsikua>>, la liturgia apenas había comenzado.

Un hombre a caballo, el amansador nato del pueblo y jefe de la acordada guio a la comitiva a una morada que tenía más una pinta de jacal, muy cerca de donde se encontraba Jorge que, timorato, miraba todo mientras permanecía petrificado. Las carabinas resonaron <<¡PUM!>>, y los rancheros gritaban <<Salgan ya, Torivio Covarrubias, presente al niño>>. Desde la Plaza, las mujeres seguían gritando esos fonemas que no tenían ningún sentido para Jorge <<itsi atajtsikua, itsi atajtsikua, itsi atajtsiku>>

El amansador, Jacinto González, rompió la puerta de los Covarrubias, entró sin reparo al jacal y extrajo a un recién nacido que lloriqueaba sin control. Detrás de éste, estaba Clara, una jovencilla de sólo 14 años.

Una voz mansa le habló a Jorge:

Tirípeme Curicaueri que ve al oriente donde nace el sol, su mirada ilumina, como Cristo, la búsqueda de lo profano. Aquí, sí, no existe ni existirá la herejía. ¿Escuchas eso? Vienen por ti, el pueblo, todos. ¿Estás bautizado? Sí, lo sé, no escapaste de la visión querida del pueblo unido de Tzintzuntzan a quien nunca dominó la Triple Alianza o, ¿cuarta? Con el reino de Dios, Jesús, representado por Carlos I y luego Felipe II y la loca. Corre, nada debes hacer aquí, ellos vendrán y destruirán todo como los hombres de Cristóbal de Olid o Alonso de Ávalos el encomendero, o peor aún con Nuño de Guzmán. Ellos acabaron con Tangáxoan pero nos dieron algo mejor, la salvación de Dios y la aculturación. La mezcla de nuestros señores con el mismo Jesús. Pero ahora mismo Curicaueri no está, la luz del sol no está y él se esfumará y ese niño debe ser bautizado. Es un bastardo, un ilegítimo. El pueblo siempre gana.

El canto y la solemnidad del rosario dominaron mientras todas las mujeres yacían hincadas frente al cura Menéndez que las dirigía a campanazos a la iglesia donde el copal se confundía con el olor de la resina aromática, y el Cristo, místico, se elevaba en lo alto frente a todas las mujeres enrebozadas. Los hombres les siguieron después, y todos, sin excepción alguna, al entrar en el templo, quitaron sus sombreros haciendo la reverencia y guardado los fusiles. El jefe entró con el niño en sus brazos, el bastardo. La procesión dio inicio, pero en realidad estaba terminando. La mujer, la joven lúbrica, clara, lloraba sin parar entre la muchedumbre ante los ojos del pueblo. La efervescencia se iba agotando, las imágenes se atenuaban con el padre Menéndez cargando el Cáliz. Por fuera, el coyote que reposaba en el kiosco había desaparecido y Jorge se esfumó con el chirrido y, al intentar voltear y encontrar la proveniencia de la voz, solo pudo mirar el brillo del berilo...

—¡Mijo, mijo!, despierte, venga a desayunar le hice unas tortillas a mano con chilito y frijolitos. Apúrese que se va a enfriar.

La voz de Doña Juana despertó a Jorge que se encontraba desparramado con el libro en su pecho. Se levantó de golpe, miró su reloj que indicaban las nueve de la mañana con incredulidad. Estaba totalmente perdido, no sabía si lo que había visto había sido propiedad de lo onírico o realidad en aquella madrugada de noviembre. Él sintió con vivacidad esas imágenes, pero todo indicaba que había sido una pequeña pesadilla de mal gusto. Se abstuvo de hacer comentarios y entró a la casa de Doña Juana, ataviada por árboles frutales de todas las clases y géneros, un limonero, el granado acá y el naranjo más allá. Se sentó en una silla de ixtle y Doña Juana le sirvió frijoles refritos en un plato de cerámica repleto de chile y unas tortillas recién hechas. Un silencio profundo permaneció hasta el arribo de las cuatro hijas de Doña Juana: Paloma, Agustina, Eva y Engracia. Saludaron a Jorge con encanto, y cuando todo parecía volver a la normalidad, Eva mencionó algo que captó la atención total de Jorge:

—¿Cómo está adornada la iglesia Amá? ¿Quién irá a la plaza para la fiesta del santo patrono?

Jorge interrumpió la conversación y, con nerviosismo preguntó

—Entonces, ¿hoy es un día muy especial aquí en el pueblo?

Doña Juana asintió y Paloma añadió

—Cada 24 de noviembre celebramos a nuestro santo patrono. Dice el padre Menéndez, que tiene en la vicaría más de 20 años, que esta fiesta se remonta a más de 100 años, ¿no amá? Hay leyendas en el pueblo que dicen que antaño, en este día, el 24 de noviembre durante las fiestas de procesión de Colinda, por ahí de las dos de la mañana se solía buscar a los niños no bautizados y se les daba este sacramento. Sobre todo, en la época en la que llegaron los españoles. Porque la gente que vivía aquí antes no tenía la fe cristiana y eran muy malos. El kiosco de la plaza se construyó por esa época. Hasta dicen que una muchacha que vivía cerquitita de los Leñero, se volvió loquita porque tuvo un hijo con uno de la Barranca, del otro pueblo que nadie quería y pues, no quiso contarle mas que a sus papás. Pero encontraron al niño un 24 de noviembre y lo bautizaron en la parroquia, después ella se volvió loquita loquita, y dicen que se fue a vivir a una cueva, como Genoveva de Brabante, del cerro allá donde se apareció el santo de Colinda.

Engracia intervino en aquel relato y le dijo a Paloma con reproche <<deja de decir sandeces tú>>.



Ricardo Sánchez Ávila

ORCID: 0009-0002-5682-8926

al2221800266@azc.uam.mx

Ricardo Sánchez Ávila es estudiante de doctorado en demografía en la *Université de Bordeaux*, Francia, en el laboratorio de investigación COMPTRASEC, donde realiza un trabajo comparativo sobre los homicidios en México y Francia. Licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco donde obtuvo la medalla al mérito universitario y maestro en sociología por la misma universidad en la unidad Azcapotzalco donde también obtuvo la medalla al mérito